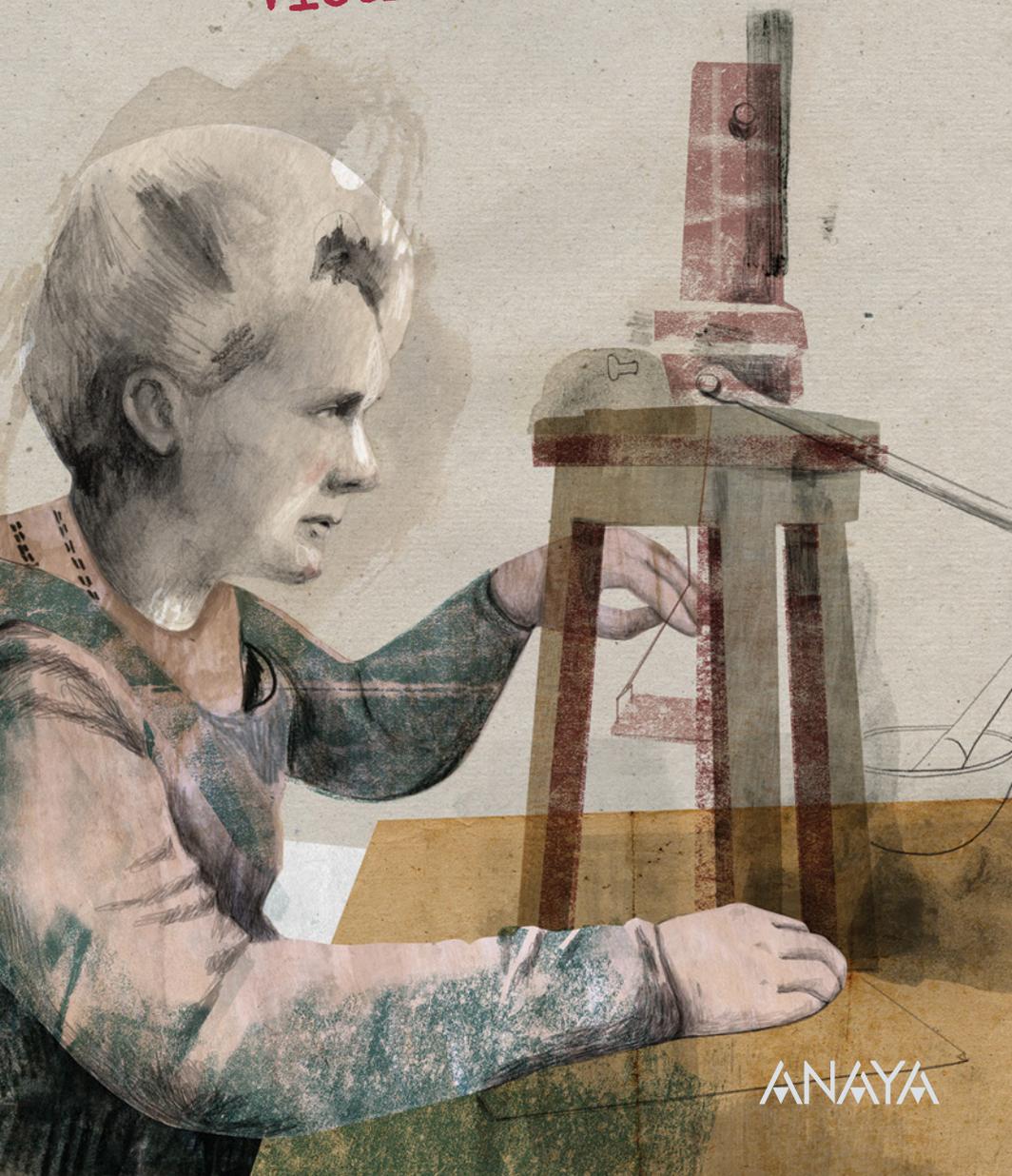


El rayo azul

(Marie Curie, descubridora del radio)

Vicente Muñoz Puelles



ANAYA

1.ª edición: septiembre 2014

© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2014
© De la ilustración: Ana Bustelo, 2014
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-6092-4
Depósito legal: M-15367-2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

El rayo azul

(Marie Curie, descubridora del radio)

Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:
Ana Bustelo

ANAYA

Estoy entre quienes creen que la ciencia tiene una gran belleza. Un científico en su laboratorio no es solo un técnico. También es un niño ante un fenómeno natural, tan impresionante como el mejor cuento de hadas.

MARIE CURIE. *Discurso en la residencia de estudiantes.*
Madrid, 1933

Índice

Una mujer en el Panteón	11
Manya	20
Días difíciles	34
En busca de la libertad	47
María	66
Pierre	79
Una sustancia desconocida	101
El misterioso fulgor azul	117
La viuda ilustre	136
Fin del discurso	146

Una mujer en el Panteón

Era una tarde de abril, serena y encapotada.

Desde el otro extremo de la calle Soufflot, en París, una multitud se acercaba a paso lento. En el centro, llevados a hombros por estudiantes de la Universidad de la Sorbona, elegidos por su amor a la ciencia y a la investigación, aparecieron los ataúdes de mis padres. Al ritmo solemne de la *Suite número 3 en re mayor*, de Bach, que difundían los altavoces, la procesión se acercó a la explanada del Panteón y empezó a subir por una larguísima rampa blanca, construida para la ceremonia.

Sentí que las emociones se agolpaban en mi pecho. Sabía muy bien que a mi madre, y seguramente a mi padre también, aquello le habría parecido demasiado ostentoso. ¿Acaso no le había oído decir a ella infinidad de veces que el premio a una vida dedicada a la investigación era que le permitieran seguir investigando?

Por un instante tuve la impresión de que uno de los ataúdes se tambaleaba más que el otro, como si sus jóvenes portadores caminaran con paso menos firme.

A ambos lados de la rampa se colocaron doscientos alumnos del instituto Marie Curie, de la población de

Sceaux, en cuyo pequeño cementerio mis padres habían permanecido enterrados hasta entonces. Llevaban figuras tridimensionales de vivos colores que representaban los símbolos de los átomos, de los elementos químicos, de los diferentes tipos de radiación.

—¡Ahí tenemos una muestra del lenguaje universal de la ciencia! —exclamó, eufórico, Pierre-Gilles de Gennes, que había obtenido el Premio Nobel de Física en 1991, es decir cuatro años antes, y estaba sentado a mi lado, en los sillones dispuestos en la escalinata del Panteón.

Tenía razón, claro. En cualquier lugar del mundo, el polonio y el radio, los dos elementos descubiertos por mis padres, estaban representados por los símbolos Po y Ra, respectivamente. Y esa representación duraría mientras se mantuviera la tabla periódica. Es decir, siempre.

Los estudiantes universitarios se detuvieron junto a dos plataformas transparentes, en la parte superior de la rampa. Depositaron sobre ellas los ataúdes de madera de roble y se alejaron, pendiente abajo.

Los alumnos del instituto de Sceaux se abrazaron a sus símbolos de vivos colores y aguardaron, expectantes. En las aceras se agolpaban cientos de estudiantes más, llegados de toda Francia para asistir al homenaje.

Cuando cesó la música, Pierre-Gilles de Gennes se levantó. Apoyó ambas manos con fuerza en el atril, como si quisiera impedir que levantara el vuelo, y

empezó a leer un discurso sobre aquella pareja, «extenuada pero feliz», según sus propias palabras, que había llegado a cambiar la faz del mundo. Habló de mis padres, del legendario cobertizo donde habían hecho sus experimentos, de sus esfuerzos y de sus trabajos, que habían dado origen a una nueva ciencia, la física nuclear. Mencionó también a Irène, mi hermana, y a su marido, Frédéric Joliot, descubridores de la radiactividad artificial.

Y yo me quedé pensando, como otras veces, en esa línea sutil pero continua y muy clara que unía a los grandes científicos de principios del siglo xx, fervientes idealistas que en sus modestos laboratorios habían arrebatado al átomo sus secretos más íntimos, con las bombas nucleares que habían destruido completamente las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, precipitando el fin de la Segunda Guerra Mundial.

A continuación el presidente de Polonia, Lech Wałęsa, inclinó la cabeza hacia los ataúdes. Pronunció su discurso en polaco, con el abrigo puesto y alisándose continuamente el blanco bigote. Destacó los orígenes polacos y el patriotismo de mi madre y comparó el período en que ella vivió, cuando Polonia era solo una provincia rusa, con la situación actual, en la que él, un antiguo sindicalista, presidía un país independiente.

—En aquella época —dijo—, para continuar los estudios, una joven ávida de conocimientos no podía quedarse en Varsovia, donde a las mujeres les estaba

prohibido el acceso a la universidad. Tenía que irse lejos. Necesitaba venir a París, a este templo de la libertad y del saber que hoy le rinde homenaje.

Tras los aplausos de rigor, el presidente de la República Francesa, François Mitterrand, se dirigió al atril con movimientos algo rígidos. Poco antes, al darme la bienvenida al acto, me había impresionado su aspecto. Tenía el rostro como tallado en marfil, los ojos hundidos, la nariz afilada y las orejas separadas, como de fauno. Además, había perdido mucho pelo. Yo había oído rumores sobre sus problemas de salud, pero ni por asomo imaginaba que estuviese tan grave.

—Señora —empezó, volviéndose hacia mí—, señor presidente de la República de Polonia, señoras y señores. —Hizo una pausa algo teatral antes de seguir hablando—. Al trasladar los restos de Pierre y de Marie Curie al santuario de nuestra memoria colectiva, Francia no lleva a cabo solo un acto de reconocimiento. Proclama, además, su fe en la ciencia y en la investigación, y su respeto por aquellos y aquellas que, como Pierre y Marie, le dedican sus fuerzas y sus vidas.

»La ceremonia de hoy tiene un brillo especial porque por primera vez en nuestra historia entra en el Panteón una mujer por sus propios méritos.

Era una alusión apenas velada a la esposa del químico Berthelot, enterrada allí con su marido, que en su testamento había pedido que ella le acompañara. Siempre me había impresionado aquella historia, que había



oído contar en mi infancia. Al parecer, la esposa de Berthelot había muerto primero, de enfermedad, y él la había seguido una hora después. Comprensiblemente, algunos habían hablado de suicidio.

—Señora —volvió a decir Mitterrand, buscándome con la mirada—, a pocos pasos de aquí, en esa calle que lleva el nombre de sus padres, se levantan los dos pabellones del Instituto del Radio donde su madre vio realizados algunos de sus sueños. En el modesto jardín que separa ambos pabellones, Marie Curie plantó un rosal que sigue dando flores. Cerca de allí estaba el humilde cobertizo de la calle Vauquelin, hace mucho tiempo derribado, donde el radio fue descubierto y aislado.

»Entre el Instituto del Radio, el cobertizo y el Panteón, tan próximos unos a otros, ¡cuánto camino recorrido, cuántas pruebas difíciles y cuánta gloria! Y también, ¡qué conjunción tan estrecha de talentos entre Pierre, el experto en física, y Marie, la experta en química! Es imposible hojear los cuadernos donde anotaban sus experiencias y no sentir, al ver cómo las letras de ambos se entremezclan, que esa historia de la ciencia es también una de las grandes historias de amor de nuestro tiempo.

Fue precisamente entonces, al escuchar esas palabras del presidente de la República Francesa, cuando me acometió el deseo de volver a escribir.

Sesenta años antes, poco después de la muerte de mi madre, yo había tomado la decisión de hacer su

biografía. Había viajado a Polonia en busca de información sobre su infancia y su juventud, y había interrogado a muchos parientes que aún vivían. Luego me había retirado de la vida social y me había recluido en un pequeño y tranquilo piso de Auteil, con todo tipo de documentos, fotografías y cartas. Con eso, y ayudada por mis recuerdos, había escrito un libro, *Madame Curie*, que había alcanzado numerosas traducciones y reediciones.

Ahora yo tenía noventa y un años. Aunque disfrutaba de buena salud, era incapaz de realizar un esfuerzo semejante, pero sí podía atreverme a redactar un breve texto para jóvenes, que contara la juventud de Marie y la historia de amor y ciencia que habían protagonizado mis padres.

Mientras, el presidente Mitterrand seguía hablando con vehemencia:

—A menudo —dijo—, el profano solo retiene de los grandes sabios el eco de sus logros más populares. Es lo que sucede con el descubrimiento del radio, que a todos les suena. Pero la obra de Pierre y Marie Curie llega mucho más lejos. Su fecundidad se mantiene aún hoy, y está en la base de la física atómica y la biología molecular de nuestros días.

»En Pierre y Marie admiramos también las virtudes que ambos compartieron, antes de que el destino los separara, ¡ay!, demasiado pronto: el ardor y el entusiasmo, la obstinación en el trabajo, el rigor y la moderación en

todo, el gusto por el recogimiento y la fuerza que proporciona la soledad. Un rasgo común los define más que ningún otro: el esfuerzo generoso, desinteresado, que para ellos caracterizaba la ética científica.

El presidente sabía de qué hablaba. Aún recuerdo la respuesta de mi madre cuando, de joven, le pregunté si el radio que habían descubierto no les había proporcionado algún beneficio económico.

—¡Pues claro que no! —se indignó—. ¿Cómo iba yo a patentar algo que está ahí, en la naturaleza —señaló la ventana—, y que pertenece a todo el mundo?

—Pero hay otro símbolo —continuó Mitterrand, irguiendo la cabeza— que mantiene esta tarde el interés de la nación y que yo tengo el honor de expresar ante ustedes: el combate admirable de una mujer que decidió imponer su talento en una sociedad que, con demasiada frecuencia, reserva a los hombres las funciones intelectuales y las responsabilidades públicas.

»Entre las fotografías que jalonan la trayectoria de Marie Curie hay una que destaca por su significado. Está tomada en Bruselas en 1911, con ocasión del Congreso Solvay que, como ustedes saben, reunía cada tres años a las figuras más importantes de la física. Allí están Max Planck, Rutherford, Einstein, De Broglie, Perrin, Langevin y muchos otros. Marie es la única mujer que figura entre ellos y es reconocida como una igual.

»Ahora, cuando el país entero se inclina ante los restos de quien fue la primera mujer doctora en ciencias,

la primera profesora de la Sorbona, la primera mujer que recibió el Premio Nobel, formuló el deseo, en nombre de Francia, de que la igualdad de los derechos entre hombres y mujeres siga progresando en todo el mundo, y de que algún día desaparezca ese predominio injusto de un sexo sobre otro, que se ha perpetuado desde hace treinta siglos y que es indigno e impropio de una sociedad civilizada.

Pensé qué absurdo era, en efecto, tener que seguir reivindicando algo tan evidente, y me dije que mi madre habría apreciado aquella parte del discurso.

Siempre había sido una mujer combativa.

María Sklodovska, conocida años más tarde como Marie Curie, nació en Varsovia en el seno de una familia de escasos medios. Mientras su infancia transcurrió en la Polonia ocupada por los rusos, de joven logró viajar a París para estudiar física y matemáticas, y allí conoció al físico Pierre Curie. Comienza entonces, en un pequeño cobertizo, una de las grandes aventuras científicas de todos los tiempos. Gracias al esfuerzo, la perseverancia y el compromiso con la ciencia, descubrirá el radio, que posee propiedades terribles, pero que, sabiamente dirigido, puede ayudar a curar el cáncer.

Marie Curie fue la primera mujer en recibir el Premio Nobel, que obtuvo en dos ocasiones: en 1903 en física, y en 1911 en química.



1562523



ANAYA
www.anayainfantilijjuvenil.com